

Capítulo VII

Explicaciones en psicología y en psicoanálisis

AFIRMA NUDLER⁵² que el empleo de *términos teóricos* (es decir, términos referidos a entidades o procesos no observables) en el lenguaje de la psicología ha sido objeto de ardua discusión, desde un conductismo radical representado entre otros por Skinner y su escuela, con su insistencia en la utilización de un lenguaje referido exclusivamente a conductas observables, hasta el psicoanálisis en sus distintas variantes, caracterizado por un amplio uso de términos no observacionales.

Nudler señala que la utilización de términos teóricos sin los debidos recaudos metodológicos resta carácter científico a las hipótesis empleadas, pero al mismo tiempo pone de relieve la necesidad del empleo de términos teóricos si se quiere avanzar hacia una explicación profunda de la conducta.

Hempel⁵³ afirma que la sistematización científica se propone establecer un orden explicativo y predictivo entre los “datos” de nuestra experiencia, o sea, entre los fenómenos que podemos “observar” directamente. Y es notable, en ese sentido, que los mayores avances no se hayan llevado a cabo por medio de leyes que se refieren explícitamente a *observables*, es decir, a cosas y acontecimientos pasibles de ser descubiertos por observación directa, sino más bien por medio de leyes que hacen referencia a diversas *entidades hipotéticas o teóricas*, esto es, presuntos objetos, acontecimientos y atributos que no se pueden percibir ni observar directamente.

De acuerdo con estas distinciones, puede suponerse que el vocabulario extra-lógico de la ciencia se divide en dos clases: términos observacionales y términos teóricos.

Y, precisamente, el uso de términos teóricos genera problemas complicados. ¿Por qué debe recurrir la ciencia a la suposición de entidades hipotéticas cuando está interesada en establecer conexiones explicativas y predictivas entre observables?

De allí los intentos de eliminar los términos teóricos y la pretensión de que el lenguaje de la ciencia se exprese solamente mediante términos observacionales. Hempel sostiene que si se aceptara esta línea de argumentación teorizar constituiría una paradoja ya que, si los términos y el principio general de una teoría científica sirven a su propósito, es decir, establecen conexiones definidas entre fenómenos observables, se puede prescindir de ellos, puesto que cualquier cadena de leyes y enunciados interpretativos que establecieran tal conexión serían reemplazables por una ley que encadenara directamente antecedentes observacionales a consecuentes observacionales.

Y, de aceptarse lo anterior, se podría llegar a formular el siguiente dilema: si los términos y principios de una teoría sirven a su propósito (en este caso, reducirse a observacionales) son innecesarios (como se ha señalado), y si no sirven a su propósito son sin duda innecesarios. Pero, dada una teoría cualquiera, o bien sus términos y principios sirven a su propósito o bien no lo hacen. En consecuencia, los términos y principios de una teoría cualquiera son innecesarios.

Sin embargo, los términos teóricos mantienen su presencia en el universo de la ciencia brindando (y este punto es fundamental) su fuerza explicativa a las teorías, valor explicativo que se perdería en el caso de su eliminación. Por esto, con respecto al dilema planteado, puede señalarse que lo que sucede es que su primera premisa es falsa.

Respecto de lo que acabamos de afirmar puede mencionarse que han sido varios los intentos de reducir el vocabulario teórico de la ciencia a un vocabulario puramente observacional, pero el éxito no ha sido nunca concluyente e incluso quienes lo intentaron encontraron y señalaron las limitaciones de tal tarea.

Así, por ejemplo, la pretensión de resolver el problema formulando *definiciones explícitas* de las expresiones teóricas en términos de expresiones observacionales tropieza con dificultades lógicas muy poderosas, como lo ha mostrado el mismo Carnap, uno de los principales exponentes de la línea reductivista. Por eso, Carnap abandona los esfuerzos para dar definiciones completas y sugiere la posibilidad de formular definiciones parciales de las expresiones teóricas a través de oraciones reductivas, que pretendan formular con precisión el contenido de las definiciones operacionales. De este modo, un análisis en términos de oraciones reductivas considera a los términos teóricos como definidos en forma incompleta por referencia a observables.

Hempel afirma que cuando un científico introduce entidades teóricas, tales como corrientes eléctricas, campos magnéticos, valencias químicas o mecanismos inconscientes, procura que sirvan como factores explicativos con una existencia independiente de los síntomas observables por los cuales se manifiestan. Es decir, cualesquiera sean los criterios observacionales de aplicación que el científico puede proporcionar, su objeto es simplemente describir síntomas o indicaciones de la presencia de la entidad en cuestión, y no dar de ella una caracterización exhaustiva. El científico, en realidad, deja abierta la posibilidad de añadir a su teoría nuevos enunciados, que pueden permitir nuevas relaciones interpretativas entre términos teóricos y observacionales. Y los términos teóricos, en esta concepción, tienen un gran valor heurístico, ya que este modo de considerarlos estimula la invención y el uso de conceptos poderosamente explicativos para los cuales se pueden indicar en un primer momento sólo algunos enlaces con la experiencia, pero que son fructíferos en tanto sugieren nuevas líneas de investigación que pueden a su vez conducir a relaciones adicionales con los datos de la observación directa.

De esta manera, conceptos tales como *electrón, fuerza, libido, yo, superyo, ello, clase social, valor* (en la teoría del valor), *utilidad*, y muchos otros, tienen un importante papel dentro de los enunciados y teorías que los incluyen, y no son fácilmente reducibles, ni mucho menos, a sus elementos constitutivos.

Nudler sostiene que por lo general existen diversos tipos de situaciones estímulo-respuesta distintas de la utilizada para “definir” un término y que sin embargo parecen admitir la aplicación del mismo. Así, por ejemplo, no puede decirse, en rigor, que el término ‘inteligencia’ quede definido sobre la base de alguna batería de tests, pues la variedad de situaciones en que un psicólogo estará dispuesto a aplicarlo, ya sea en virtud de pruebas de inteligencia distintas o de consideraciones indirectas puramente teóricas, probablemente excederá las previstas en cualquier “definición” de esta clase. Por otra parte, la eliminación de este término teórico mediante un procedimiento de tal índole empobrecería el lenguaje de la psicología.

Nudler plantea muy bien el problema cuando sostiene que ni siquiera es útil plantearse la pregunta acerca de si pueden emplearse términos teóricos en psicología, ya que la cuestión importante, en cambio, debería ser el establecimiento de los requisitos que debe reunir un término teórico para ser científicamente aceptable.

Recordemos que en el primer capítulo habíamos mencionado la explicación que da Freud, en el “Caso Juanito”, acerca del temor fóbico del niño a los caballos. En ella, y según la reconstrucción que hace Nudler, se conectaban las hipótesis teóricas generales y el hecho a explicar (o la proposición que lo describe) mediante la *hipótesis interpretativa* que afirma la identificación simbólica, por parte de Juanito, de los caballos con su padre.

Sin embargo, debemos señalar en este momento, Nudler duda acerca de la confirmación de esta interpretación por parte del mismo Freud, quien habría tenido una actitud de aceptación “apriorística” con respecto a las hipótesis interpretativas vinculadas con este caso. Las hipótesis interpretativas requieren confirmación *independiente* de las hipótesis teóricas con las cuales se relacionan. Y en ninguna parte se halla, en Freud, confirmada la hipótesis interpretativa fundamental que afirma la identificación simbólica caballo-padre. Como afirma Nudler, las hipótesis teóricas no pueden considerarse corroboradas por el hallazgo de interpretaciones más o menos ingeniosas, sino que lo importante es la posibilidad de confirmarlas.

Nudler se refiere también a la interpretación conductista que hacen Wolpe y Rachman⁵⁴ del “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (*El caso Juanito*), quienes ven en el relato que hace Freud de un diálogo entre Juanito y su padre una explicación suficiente de la fobia del niño.

Juanito le cuenta a su padre que un día, al salir de paseo con su madre, vio caerse uno de los caballos que tiraban de un ómnibus:

Padre: “¿Qué pensaste al ver caerse el caballo?”

Juanito: “Que ahora siempre pasaría lo mismo. Que todos los caballos de los ómnibus se caerían”.

Padre: “¿Los de todos los ómnibus?”

Juanito: “Sí. Y los de los carros de mudanzas. Pero estos menos veces”.

Padre: “¿Tenías ya la tontería por entonces?”

Juanito: “No. Empecé a tenerla en seguida. Cuando vi caerse el caballo me dio mucho miedo. ¡De verdad! Al marcharme de allí fue cuando me dio la tontería”.

Padre: “¿Por qué te asustaste tanto?”

Juanito: “Porque hizo así con las patas (se tumba en el suelo y me muestra cómo pataleó el caballo). Me asusté porque armó jaleo con las patas”.

El padre agrega luego: “Todo ello es confirmado por mi mujer, incluso la inmediata emergencia de la angustia”.

Wolpe y Rachman, de acuerdo con principios de la teoría del aprendizaje, sostienen que Juanito ha “aprendido” a temer a los caballos en virtud de una experiencia en que se produjo la asociación entre el estímulo visual representado por la caída del caballo y su pataleo en el suelo con una respuesta de temor. Los demás temores que luego asocia el niño con los caballos se explican también como un ejemplo del proceso de generalización de los estímulos.

Freud interpreta el mismo episodio sobre la base de la identificación padre-caballo: “El padre le indicó (a Juanito) que al ver caerse el caballo debió de pensar en él, en su padre, y desear que se cayese también y se matase. Juanito no se rebela contra esta interpretación y, al cabo de un rato, con un juego que inventa y en el que muerde al padre, demuestra aceptar la identificación del mismo con el caballo temido”. Freud, al insertar el episodio en el marco general de su interpretación, le resta el significado causal que le atribuyen Wolpe y Rachman, ya que afirma: “En ese estadio del análisis halla Juanito el suceso, poco importante en sí, que precedió inmediatamente a la emergencia de la enfermedad y debe ser considerado como el motivo ocasional de dicha emergencia”.

Si bien los principios del aprendizaje (condicionamiento, generalización y extinción de las respuestas) han sido ampliamente confirmados a través de una gran cantidad de experimentos controlados, Nudler recuerda que la utilización de las leyes del aprendizaje para explicar aspectos de la conducta humana real constituye, por lo general, una aplicación de dichas leyes a un dominio que no es su dominio de prueba original. En el caso que se discute, la explicación dada sobre esta base resulta al menos insuficiente, ya que Wolpe y Rachman omiten la consideración de condiciones más complejas (como el nacimiento de una hermanita del niño antes de la aparición de la fobia).

La explicación y predicción de la conducta no parecen posibles sobre la base exclusiva de generalizaciones empíricas (como las leyes del aprendizaje), sino que se requiere el empleo de teorías que vayan más allá de lo inmediatamente observable. De allí la importancia de la introducción y de la presencia de términos teóricos en el vocabulario de la ciencia, lo que no significa desconocer, como lo ha expresado Nudler, las exigencias relativas a la contrastación empírica de las hipótesis.

Desde su comienzo, a principios del siglo XX, el conductismo ha considerado a los estímulos y a las respuestas abiertas como sus unidades de análisis fundamentales⁵⁵. El aprendizaje, dentro de esta línea, se define como la tendencia a producir una *respuesta particular* ante la presencia de un *estímulo particular*. Sin embargo, esta posición ha enfrentado numerosos problemas, ya sea por los descubrimientos provenientes de los estudios de la percepción (en particular el hecho de la constancia perceptiva crea dificultades a la teoría, pues muestra que el estímulo es mucho más que la estimulación del receptor periférico), o por los hechos de la equivalencia de respuestas, o de la transferencia de respuestas (lo que se aprende no es una secuencia mecánica de respuestas, sino lo que se necesita hacer para lograr algún resultado final). Los hechos de la transferencia de respuestas y de la equivalencia de estímulos pueden tratarse más adecuadamente si se supone que lo que se aprende es una *estrategia* para obtener logros en el medio. Si se adopta este punto de vista, los hábitos, en el sentido conductista tradicional, pasan a constituirse en una etapa posterior del aprendizaje de respuestas, en lugar de ser una explicación básica para un aprendizaje ulterior más complejo⁵⁶.

Chomsky ha señalado⁵⁷ que los hechos básicos del aprendizaje y del uso del lenguaje no pueden tratarse simplemente con un enfoque estímulo-respuesta. Una concepción adecuada del lenguaje debe dar cuenta del hecho de que los seres humanos, desde una etapa relativamente temprana, internalizan un complejo conjunto de reglas (gramática) que los capacita para reconocer y generar oraciones significativas que implican cierto tipo de palabras que no usaron antes. Así, en el aprendizaje del lenguaje, lo que se aprende no son sólo conjuntos de respuestas (palabras y enunciados) sino, además, algún tipo de estrategias o de planes internos (gramática).

En relación al intento de entender los fenómenos de la neurosis usando analogías tomadas del área del aprendizaje, será quizás más apropiado tomarlas del campo de la psicolingüística y del aprendizaje del lenguaje que de los clásicos estudios del condicionamiento. La elaboración de planes y estrategias será en ese sentido más relevante que la formación de hábitos de respuesta estereotipados. Una concepción cognitiva del aprendizaje revela a este como un proceso por el cual se adquiere, almacena y categoriza información acerca del medio, y esto será contrario a sostener que el aprendizaje consiste en la adquisición de respuestas específicas. Las respuestas se hallan mediadas por la naturaleza de la información almacenada, que puede consistir en hechos, estrategias o programas análogos a la gramática que se adquiere en el aprendizaje de un lenguaje⁵⁸.

Bregar y McGaugh afirman⁵⁹ que esta concepción del aprendizaje puede ser útil en el área clínica, pues permitiría la formulación de una explicación teórica de la adquisición o desarrollo de la neurosis, los síntomas, la patología de la conducta, así como también puede verse su utilidad en la conceptualización de la psicoterapia como un proceso de aprendizaje.

Una conceptualización del problema de la neurosis en términos de almacenamiento y recuperación de información se basa en la idea de que lo que se aprende en una neurosis es un conjunto de estrategias centrales (o un programa) que guía la adaptación del individuo a su medio. En este sentido, las neurosis no son síntomas (respuestas) sino estrategias de un tipo particular que conducen a ciertos fenómenos observables (tics, actos compulsivos) y a ciertos otros fenómenos menos observables (miedos, sentimientos de depresión). Esta concepción del aprendizaje no suministra un conjunto de respuestas ya hechas que se puedan aplicar desde el laboratorio a los problemas clínicos, pero indica qué tipos de preguntas se tendrán que contestar para alcanzar una conceptualización significativa de la neurosis y de los síntomas en términos de aprendizaje (como, por ejemplo: ¿cuáles son las condiciones en que se adquieren o desarrollan las estrategias?)⁶⁰.

¿Y qué pasa con los deseos y creencias en relación con la conducta? Los deseos y las creencias no pueden ser directamente observados, de aquí que, para predecir la conducta que es causada por los deseos y las creencias, se deben considerar primero, en la medida de lo posible, los sucesos observables que causan los deseos y las creencias, dado que esos sucesos nos ayudarán a formular predicciones⁶¹. Investigar las causas de los deseos y de las creencias es especialmente importante para la ciencia de la conducta debido a su preocupación frecuente por la predicción o el control de la conducta.

Precisamente, en las explicaciones cotidianas de la acción estamos a menudo interesados, más que en los deseos y creencias que causan un acto dado, en los factores que causan estos deseos y creencias. Es decir, no estamos satisfechos con las causas "inmediatas" del acto, sino que queremos investigar algunos de los eslabones previos de la cadena causal. Y a menudo la explicación de un acto menciona esos factores aun cuando no se lo solicite especialmente. Por ejemplo, ante la pregunta: "¿Por qué fue Juan al concierto anoche?", una respuesta posible puede ser: "Porque Pedro le dijo que iban a tocar la Quinta Sinfonía de Beethoven". El único suceso explícitamente mencionado en esta réplica es el comentario de Pedro a Juan, mediante el cual le informa acerca de algo. ¿Cómo explica esto la conducta o el acto de Juan? La respuesta dada a la pregunta inicial implica que el comentario de Pedro a Juan, acerca de que iban a tocar la Quinta Sinfonía de Beethoven, causó en Juan la creencia de que iban a tocarla. Y esta creencia, tal vez en conjunción con el deseo de Juan de escuchar la Quinta Sinfonía, causó su asistencia al concierto. Así, el acto de Juan queda explicado indicando implícitamente ciertas creencias y deseos e indicando explícitamente la *causa* de la creencia relevante⁶².

La teoría freudiana del *desplazamiento* o *sustitución* trata de dar cuenta de ciertos deseos en términos de otros deseos⁶³. Cuando algún deseo se frustra o no puede ser satisfecho, un deseo sustituto a menudo ocupa su lugar. Freud señaló que la frustración de los deseos sexuales suele conducir a la formación de otros deseos, algunas veces más aceptables socialmente.

Con respecto a las causas de las creencias, uno de los problemas interesantes en este área es el de la naturaleza del desarrollo de los conceptos y creencias a través de las sucesivas etapas de maduración en el niño. Piaget estudió de una manera detallada⁶⁴ las diferentes edades en las que los niños adquieren típicamente las nociones acerca de los objetos físicos, del tiempo, del espacio, de la causalidad, como así también investigó el crecimiento progresivo, en los niños, de la habilidad para razonar y para realizar inferencias. Naturalmente, estos estudios son relevantes para entender los tipos de creencias que tienen los niños en edades diferentes (la capacidad de tener creencias acerca de relaciones espaciales o temporales, por ejemplo, presupone una concepción del espacio y del tiempo). Por supuesto, la obra de Piaget no está dirigida al descubrimiento de las causas de determinada creencia adquirida en un tiempo específico, sino al descubrimiento, a lo largo del tiempo, de la naturaleza del desarrollo de las capacidades cognitivas que tienen los seres humanos.

Con respecto al terreno de la *acción*, Piaget señala⁶⁵ que tiene dos dimensiones: causal y operatoria. La cuestión central que plantean las explicaciones causales es la relación entre la causalidad y las operaciones (conservaciones, seriaciones, transitividades).

Explicar un efecto por un conjunto de condiciones consideradas como causales equivale a mostrar, por un lado, cuáles son las transformaciones que lo han producido y, por otro, cómo la novedad del resultado corresponde a ciertas transmisiones a partir de los estados iniciales: este doble aspecto de producción y de conservación caracteriza, según Piaget, tanto las transformaciones operatorias como las causales.

Desde el punto de vista de su interpretación genética, las operaciones equivalen a transformar lo real y corresponden a lo que el sujeto puede hacer de los objetos, en tanto la causalidad expresa lo que hacen los objetos al actuar los unos sobre los otros y sobre el sujeto. Hay una íntima relación entre estas dos formas de acción y lo que puede discutirse es la posible primacía de una de ellas con respecto a la otra.

Hay una gran convergencia entre los estadios de formación de las operaciones y los de la explicación causal y, por cierto, el sujeto no comprende los fenómenos más que atribuyendo a los objetos acciones y luego operaciones más o menos isomorfas a las suyas; pero esto no significa que esas operaciones se formen independientemente de la causalidad. La hipótesis de Piaget será que a todos los niveles la elaboración de la causalidad interacciona con las elaboraciones de las operaciones, lo que equivale a decir que estos dos desarrollos se favorecen mutuamente, sin que pueda hablarse de una acción con sentido único. La causalidad consiste en un sistema de transformaciones no observables directamente, que rinden cuenta de las variaciones de las propiedades observables de los objetos por un proceso deductivo análogo a la construcción operatoria lógico-algebraica del sujeto, pero que llega a la construcción de un modelo atribuido a los objetos.

Recordemos, sin embargo, que, a partir de Hume, los filósofos prestaron relativamente poca atención al papel de los *objetos* en el discurso causal (aunque Hume mismo usó a menudo el término 'objeto' en su discusión de la causalidad). Se afirmó así que las causas son cosas que figuran en leyes o regularidades, aunque tal vez no tenga demasiado sentido colocar objetos en una regularidad (aun considerándolos como "factores" que, junto con otros, satisfacen el antecedente de una ley causal). No tiene mayor sentido decir: "Siempre que Juan, Pedro y Diego, entonces..." o "Siempre que esta roca, este zapato y esta puerta, entonces...". En cambio sí lo tiene afirmar: "Siempre que Juan *come pescado*, entonces..." o "Siempre que Pedro *tiene fiebre*, entonces...", pero estos enunciados correlacionan algo con un *suceso conectado* con Juan, o con un *estado de Pedro*, pero no con Juan o Pedro⁶⁶.

Cuando decimos que un objeto es causa de algo, esto presupone que hay un *estado* de ese objeto o un *suceso conectado* con él, que causaron (o constituyeron una causa parcial de) el efecto en cuestión. Así, decimos que la piedra fue la causa de la rotura del vidrio cuando el *impacto* de la piedra en el vidrio causó su rotura.

El punto de vista que sostiene la causación de los actos suele tener una línea de oposición que gira alrededor del concepto de *agente*. Un agente es una entidad que origina actividad, que hace que las cosas sucedan en lugar de sufrir pasivamente la operación de causas externas. En este sentido, las piedras y los trozos de madera no son agentes, pero sí lo son los seres humanos, quienes son fuente de sus propias actividades.

Explicamos una acción intencional dando las razones por las que fue realizada. Las razones, a su vez, están conectadas a la acción que explican de dos maneras⁶⁷: 1) son tales que, a su luz, la acción es razonable, y 2) causan la acción de un modo adecuado. Esta es la forma de explicación que damos de los procesos mentales normales y de la conducta intencional ordinaria.

La teoría psicoanalítica trata también acerca de acciones, deseos, creencias, intenciones, y expresa, en un ambicioso conjunto de afirmaciones, núcleos teóricos vinculados con la psicogénesis, psicodinámica y etiología de varias clases de comportamiento⁶⁸. Sus hipótesis causales pretenden explicar el funcionamiento de la mente así como la conducta, incluyendo la dinámica del simbolismo de los sueños.

Freud mismo⁶⁹ caracterizó al *psicoanálisis* como el nombre de un procedimiento para la investigación de los procesos mentales que son prácticamente inaccesibles de otra manera, de un método (basado en esa investigación) para el tratamiento de los desórdenes neuróticos, y de una colección de información psicológica obtenida sobre estas bases, que se acumula gradualmente en una nueva disciplina científica.

Desde un comienzo, las explicaciones de la conducta humana en términos de proposiciones acerca de procesos mentales inconscientes constituyeron una parte esencial y un rasgo característico del psicoanálisis⁷⁰. Una pregunta que puede formularse es en qué sentido Freud consideraba como *reales* (si es que efectivamente lo hacía) construcciones como *libido* y *sistema inconsciente*. Freud sostenía que los conceptos básicos de la ciencia formaban el techo de la ciencia más que sus cimientos, y debían ser cambiados cuando no parecían ya capaces de dar cuenta de la experiencia; afirmaba además que tenían el carácter de convenciones, pero seguramente consideró que lo que él entendía por estos conceptos básicos tenía efectos que podían ser observados. No había peligro de que confundiera conceptos con realidades y no parece haber pensado que “real” significa “la más simple presentación teórica de nuestras experiencias”, sino más bien que esos conceptos básicos (en tanto construcciones hipotéticas) apuntaban a algo *real* en el sentido ordinario de la palabra⁷¹. Es muy posible, por otra parte, que Freud procediera algunas veces directamente desde la observación a las construcciones hipotéticas.

Y es importante la articulación de los niveles teórico-explicativos con los niveles empíricos⁷². El mismo Freud señala⁷³, al plantear cambios teóricos, lo siguiente: “Desde luego, representaciones tales como la de una libido del yo, una energía de los instintos del yo, etcétera, no son ni muy claras ni muy ricas en contenido y una teoría especulativa de estas cuestiones tendería ante todo a sentar como base un concepto claramente delimitado, pero a mi juicio es esta precisamente la diferencia que separa una teoría especulativa de una ciencia basada en la interpretación de la empirie. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de un fundamento lógicamente inatacable, sino que se contentará con ideas iniciales nebulosas, apenas aprehensibles, que esperará aclarar o podrá cambiar por otras en el curso de su desarrollo. Tales ideas no constituyen en efecto el fundamento sobre el cual repose una ciencia tal, pues la verdadera base de la misma es únicamente la observación, no forman la base del edificio sino su coronamiento y pueden ser sustituidas o suprimidas sin daño alguno”.

De todos modos, junto a la preocupación por la base empírica, el uso y la introducción de términos teóricos son considerados de importancia fundamental, siempre y cuando estén en correspondencia con la base observacional. Así, la oposición inconsciente- consciente puede ser entendida entre conceptos funcionalmente distintos o antagónicos, pero tiene lugar dentro de la teoría, formando parte de una estructura relacional⁷⁴. Recordemos a Freud⁷⁵: “Lo inconsciente es el círculo más amplio en que se halla inserto el de lo consciente. Todo lo consciente tiene un grado preliminar inconsciente, mientras que lo inconsciente puede permanecer en este grado y aspirar, sin embargo, al valor completo de una función psíquica. Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, su naturaleza interna nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior, y nos es dada por el testimonio de nuestra consciencia tan incompletamente como el mundo exterior por el de nuestros órganos sensoriales”.

En la medida en que el inconsciente se vincula e interactúa con la conciencia, denota su presencia, no solamente porque permite al observador individualizarlo como una simple irrupción en el sistema consciente del sujeto, sino que cobra presencia en el preciso momento en que la relación entre ambos produce el acto de su aparición⁷⁶.

No se trata, en Freud, de lograr reducir todos los fenómenos inconscientes al campo de la conciencia, para quedarse meramente en la conducta observable, pero tampoco de llevar al inconsciente a un campo de teorización que lo aisle, ya que de esa manera se tornaría sumamente dificultosa toda posibilidad de confrontación empírica.

Si bien, como afirma Wisdom⁷⁷, una parte del psicoanálisis consiste en explorar el dominio de los motivos habituales, los psicoanalistas encuentran la explicación de las verdades domésticas en las hipótesis clínicas inconscientes, cuyo ejemplo más evidente sería el complejo de Edipo. Y ello lleva a plantear el problema de la verificación de ese tipo de hipótesis, lo que hace Wisdom discutiendo el valor del *insight* intuitivo y de la experiencia pasada (que plantea el tema de la inducción) para, finalmente, afirmar la importancia de estudiar la *respuesta* del paciente a la interpretación (procedimiento que puede verse en Freud, en “Construcciones en psicoanálisis”), lo que Wisdom analiza con detalle (el criterio de verificación que sostiene nos dice que “una respuesta corrobora una interpretación que implica una hipótesis acerca del contenido clínico siempre y cuando sea posible interpretarla por medio de la misma hipótesis acerca del contenido clínico, aunque con una hipótesis distinta de la defensa”. Lo que lleva a la necesidad de buscar una prueba independiente para las defensas).

Freud mismo ha planteado explícitamente preocupaciones metodológicas. En “La disposición a la neurosis obsesiva” (1913), por ejemplo, nos indica que el *problema* de *por qué* y *cómo* se contrae una neurosis es uno de los que el psicoanálisis habrá de resolver. Pero, previamente, habrá que resolver un problema menos amplio, el de la elección de neurosis, es decir, *por qué* tal o cual persona ha de contraer precisamente una neurosis determinada. Vemos pues la importancia de plantear adecuadamente los problemas, para eventualmente resolverlos. El método de investigación consistirá en inferir las circunstancias normales a partir de las perturbaciones de aquellas.

Afirma Freud que en el terreno del desarrollo del carácter hallamos las mismas energías instintivas cuya actuación *descubrimos* en las neurosis, pero hay un hecho que permite establecer entre uno y otro caso una precisa distinción teórica. En el carácter falta algo que es peculiar, en cambio, en el mecanismo de las neurosis: el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido.

A su vez, en “Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal” (1916-1917) señala expresamente que, fundado en sus *observaciones* psicoanalíticas, expuso la sospecha de que la *coincidencia* de tres condiciones de carácter -el orden, la economía y la tenacidad- en un mismo individuo indicaba una acentuación de los componentes erótico-anales y, posteriormente, dedujo, de la amplia serie de *impresiones acumuladas*, que en la evolución de la libido anterior a la fase de la primacía genital había de suponerse la existencia de una organización pregenital”, en la que el sadismo y el erotismo anal desempeñan los papeles directivos.

Por su parte, en “Los instintos y sus vicisitudes” (1915) expresa que, frente a la opinión de que una ciencia debe hallarse edificada sobre conceptos fundamentales, claros y precisamente definidos, lo que en realidad difícilmente ocurre, él piensa que el principio de la actividad científica consiste más bien en la *descripción de fenómenos*, que luego son *agrupados, ordenados y relacionados* entre sí. Claro que en el mismo trabajo agrega luego que ya en esta descripción se hace inevitable aplicar al material determinadas ideas extraídas de diversos sectores y que pueden presentar al principio cierto grado de indeterminación. Esas ideas, según piensa Freud, presentan el carácter de convenciones, no arbitrarias sino determinadas por relaciones con la materia empírica. Y en este sentido también los que llama conceptos fundamentales experimentan una constante modificación del contenido.

Así, Freud se preocupa por confirmar las afirmaciones de la teoría y también por la aparición de posibles casos refutatorios. Puede esto verse, por ejemplo, en “Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica” (1914). En los estudios psicoanalíticos se había afirmado que el paranoico luchaba contra una intensificación de sus tendencias homosexuales, lo cual indicaba en el fondo una elección narcisista de objeto, afirmándose, además, que el perseguidor era, en último término, la persona amada o antiguamente amada. De la reunión de ambos asertos resulta que el perseguidor habrá de pertenecer al mismo sexo que el perseguido. Aclara Freud que no se había atribuido una validez general a este principio de la homosexualidad como condición de la paranoia, pero lo que los había retenido (a Freud y a sus colegas y amigos) había sido tan sólo la consideración de no haber contado todavía con un *número suficiente de observaciones*. Todo lo que se había podido observar y analizar (al margen de casos planteados en la literatura psiquiátrica) había confirmado la relación de la paranoia con la homosexualidad. En cambio, el caso en cuestión contradecía abiertamente tal hipótesis: la joven es perseguida por un hombre, cuyo amor ella rechaza, sin que existieran indicios de una influencia femenina ni de una defensa contra un lazo homosexual. Y a Freud le preocupa este caso aparentemente en contrario. Ante ese estado de cosas lo más sencillo era renunciar -como afirma el mismo Freud- a derivar de la homosexualidad la manía persecutoria y abandonar todas las deducciones enlazadas con este principio. O, de lo contrario, reconocer en el suceso en cuestión, relatado por la joven, un suceso real, exactamente interpretado por ella, y no una combinación paranoica. Freud vislumbra una tercera salida recordando cuántas veces se juzga erróneamente a los enfermos psíquicos por no haberse ocupado de ellos con el detenimiento necesario y por no haber reunido sobre un caso datos suficientes. Así llega Freud a mostrar que el perseguidor, a cuyo influjo quiere escapar el sujeto, no es en este caso un hombre, sino una mujer (y es la madre la que se convierte en espía y perseguidora hostil). Este caso además, es interesante para mostrar que no debe abandonarse una hipótesis a la primera dificultad, o al primer supuesto caso en contrario, y Freud es coherente con este modo de trabajo científico.

En “El carácter y el erotismo anal” (1908) también plantea cuestiones de la índole que se discutieron anteriormente. Freud señala la coincidencia de ciertas cualidades de carácter (que constituyen un tipo) y sospecha una relación orgánica con las singularidades de ciertos órganos.

Las personas que se propone describir atraen la atención por presentar *regularmente* asociadas tres cualidades: son *cuidadosas, económicas y tenaces*, palabras que a su vez sintetizan un pequeño grupo de *rasgos característicos afines*.

De los rasgos estudiados deduce una franca acentuación erógena de la zona anal en la constitución sexual congénita de tales personas. Supone que la zona anal, pasada la infancia, ha perdido su significación erótica en el curso de la evolución y sospecha que la constancia de las tres cualidades, de carácter observable, puede ser relacionada con la desaparición del erotismo anal. La pulcritud, el orden y la escrupulosidad dan la impresión de ser productos de la reacción contra el interés hacia lo sucio, perturbador. Y si las relaciones afirmadas entre el erotismo anal y las tres condiciones de carácter poseen alguna base real, no se espera hallar una especial acentuación del “carácter anal” en aquellos adultos en los que perdura el carácter erógeno de la zona anal, como en determinados homosexuales. Afirma Freud que las observaciones realizadas no contradicen esta conclusión.

Habrà que ver, ante lo expuesto, si otros complejos del carácter mostrarán su derivación de las excitaciones de determinadas zonas erógenas pero, para la constitución definitiva del carácter propone establecer la siguiente fórmula: los rasgos permanentes del carácter son continuaciones invariantes de los instintos primitivos, sublimaciones de los mismos o reacciones contra ellos.

Pensamos que hay aquí una primacía del establecimiento de tipos caracterológicos por la vía de observaciones (en una cierta línea inductiva), que se hacen comparaciones y correlaciones entre dichos rasgos de carácter y el erotismo anal que darán elementos para la constitución de nuevas hipótesis.

Naturalmente, Freud dispone de algunas de las hipótesis de “Tres ensayos sobre una teoría sexual” (1905), donde intenta mostrar que el instinto sexual humano es compuesto, que nace de los aportes de numerosos componentes e instintos parciales.

Karl Abraham, en “Contribuciones a la teoría del carácter anal” (1921), señala el rápido crecimiento del conocimiento psicológico por el camino de una investigación puramente inductiva y sostiene que quizás el ejemplo más notable e instructivo es el desarrollo de la teoría del carácter anal.

La teoría relativa a los productos de la transformación del erotismo anal adquirió gran importancia cuando, en 1913, siguiendo a la investigación de Jones “Odio y erotismo anal en la neurosis obsesiva”, Freud formuló una primera organización “pregenital” de la libido. Consideró que los síntomas de la neurosis obsesiva eran el resultado de una regresión de la libido a esa etapa del desarrollo, caracterizada por la preponderancia de los componentes instintivos anal y sádico. Esto arrojó nueva luz tanto sobre la sintomatología de la neurosis obsesiva como sobre las peculiaridades caracterológicas de la persona que la padece, sobre el denominado “carácter obsesivo”. Nos dice Abraham que se encuentran anomalías de carácter muy semejante en aquellas personas propensas a estados de ánimo melancólicos o maníacos. Y es necesario el estudio más estricto posible de los rasgos de carácter anal-sádico antes de proceder a la investigación de las afecciones mencionadas.

La correlación entre ciertos rasgos de carácter y determinados erotismos fue el primer descubrimiento de la caracterología psicoanalítica y constituye uno de los fenómenos más ampliamente estudiados de la misma, como afirma Fenichel en *Teoría psicoanalítica de las neurosis*.

Klimovsky, por su parte⁷⁸, a través de un muy detallado análisis del trabajo de Freud (“El carácter y el erotismo anal”), plantea la organización hipotético-deductiva del escrito, conexas con aspectos primordialmente explicativos. Klimovsky discrimina con gran sutileza los distintos pasos metodológicos seguidos por Freud para llegar a constituir un tipo de carácter, correlacionarlo luego con el erotismo anal y explicarlo finalmente -así como la correlación misma- mediante hipótesis generales de su teoría. Este análisis, centrado en la lógica del procedimiento, indica un camino para una comprensión plena de las cuestiones planteadas por Freud.

Klimovsky destaca cuatro pasos en el artículo de referencia: *un primer paso*, empírico, en el que Freud se da cuenta de que algunos pacientes tienen ciertos rasgos (caracterológicos, físicos, conductuales) y a partir de muestras llega a establecer, inductivamente, ciertas regularidades, que supone que son generales. Este punto sirve como comienzo de la investigación, ya que Freud piensa que cuando se descubren ciertas regularidades insólitas, estas requieren una explicación; *el segundo paso* es metodológicamente diferente: elige ciertas hipótesis y, mediante una estructura deductiva y ya no inductiva, explica que la regularidad insólita es posible deduciéndola de principios generales del psicoanálisis. Encuentra entonces que ciertos rasgos tales como “cuidadoso, tenaz y económico” tienen una fuerte asociación en la muestra; *en el tercer paso*, Freud muestra, por una parte, que la explicación lograda en la segunda etapa es legítima y, por la otra, que estos pasos serían ininteligibles si no se insertaran en el campo de la explicación. Recurre no solamente al campo clínico sino también al folklore, al arte y a la mitología y luego, inductivamente, afirma que estos desarrollos no suceden tan sólo con sus pacientes sino con todos los seres humanos; y *en el cuarto paso*, Freud ensaya examinar metodológicamente lo que ha investigado con respecto al erotismo anal y considera la posibilidad de extenderlo a otros erotismos, en apoyo a la teoría del carácter.

A través de todos estos pasos, como sostiene Klimovsky, se desarrolla una estrategia científica (reunión de información, datos y regularidades empíricas, pedidos de explicación y su logro por vía deductiva, planteo de problemas, correlaciones y corroboraciones) de indudable carácter canónico.

En ese sentido, y como lo hemos ya visto, Freud se interesa por problemas epistemológicos y metodológicos. Y ello ocurre con cuestiones referidas a la explicación y a la predicción.

En este aspecto, Freud ha llamado la atención acerca de algunas circunstancias con las que se tropieza en muchos casos de explicación psicoanalítica de un proceso anímico. Así, por ejemplo, en “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920), afirma que en tanto perseguimos regresivamente la evolución (del caso en cuestión), partiendo de su resultado final, se va estableciendo un encadenamiento ininterrumpido a través del cual se considera satisfactorio o incluso completo el conocimiento adquirido. Pero si se emprende el camino inverso, partiendo de las premisas descubiertas por el análisis, y se intenta perseguir la trayectoria del caso hasta su resultado, desaparece la impresión de una concatenación necesaria e imposible de establecer en otra forma. Se advierte en seguida, señala Freud con respecto a esta última situación, que el resultado podía haber sido distinto y que también hubiéramos podido llegar a comprenderlo y explicarlo. Así, pues, la síntesis no es tan satisfactoria como el análisis o, dicho de otro modo, el conocimiento de las premisas no nos permite predecir la naturaleza del resultado.

Piensa Freud que no es difícil hallar las causas de esta singularidad desconcertante: aunque conozcamos por completo los factores etiológicos determinantes de cierto resultado, no conocemos más que su peculiaridad cualitativa, y no su energía relativa. Algunos de esos factores habrán de ser dominados por otros más fuertes y no participarán en el resultado final, pero no se sabe nunca de antemano cuáles de los factores determinados resultarán ser los más fuertes y cuáles los más débiles. Sólo al final se puede decir que los que se han impuesto eran los más fuertes.

Así, pues, analíticamente puede descubrirse (siempre con toda seguridad, según piensa Freud) la causación, siendo, en cambio, imposible toda predicción sintética.

De este modo, no se habrá de afirmar que toda muchacha cuyos deseos amorosos, surgidos de la disposición correspondiente al complejo de Edipo en los años de la pubertad, queden defraudados, se refugiará en la homosexualidad. Por el contrario, cree Freud mucho más frecuente otras distintas reacciones a este trauma. Pero, entonces, habrá de suponer que en el resultado del caso que está planteando han intervenido decisivamente otros factores especiales ajenos al trauma, que Freud posteriormente señalará. En este sentido, pudo comprobar en el análisis que la transformación que llevó a la muchacha a mostrar un fuerte interés por las mujeres maduras, pero de aspecto aún juvenil, coincidió temporalmente con un suceso familiar, del que puede esperarse la explicación de tal transformación (o el jugar un papel relevante en tal explicación). Ese suceso, decisivo para la comprensión del caso, fue el nacimiento de un tercer hermano, cuando ella tenía quince años.

La explicación que da Freud es la siguiente: la muchacha se encontraba en la fase de la reviviscencia del complejo de Edipo infantil en la pubertad cuando sufrió su primera gran decepción. El deseo de tener un hijo, y de sexo masculino (teniendo trece o catorce años mostró una cariñosa preferencia, exageradamente intensa a juicio de sus familiares, por un niño de tres años a quien encontraba regularmente en sus paseos), se hizo en ella claramente consciente; lo que no podía hallar acceso a su conciencia era que tal hijo había de ser de su propio padre e imagen viva del mismo. Pero entonces sucedió que no fue ella quien tuvo el niño, sino su madre, competidora odiada en lo inconsciente. Indignada y amargada ante esta traición, se apartó del padre y en general del hombre. Después de este primer doloroso fracaso, rechazó su femineidad y tendió a dar a su libido otro destino (y ello como expresión, más que de una adquisición tardía de la homosexualidad, de una homosexualidad congénita que había seguido la trayectoria habitual, no fijándose ni exteriorizándose de un modo inconfundible hasta después de la pubertad).

Con respecto a las reflexiones de Freud acerca de la explicación y la predicción (expresadas de alguna manera por un procedimiento analítico que parte del resultado y alcanza las premisas y por un procedimiento sintético que va de las premisas al resultado, respectivamente), queremos indicar que en la medida en que se den explicaciones adecuadas (lo que puede significar que se dispone de hipótesis generales), también podrán ser relevantes los intentos de predicción, sin que ello implique una certeza absoluta, pero esto vale para ambos procedimientos. Por otra parte, si se formula una predicción y aparecen factores decisivos que no estaban incluidos en la misma (o hay hechos o circunstancias emergentes) es natural que pueda haber variaciones en la evolución del caso de que se trate. Estas afirmaciones permitirían modificar ciertas enunciaciones de Freud, quizás algo extremas, tales como las que plantea al discutir el tema de la predicción. Además, también debe tenerse cuidado en pretender explicar absolutamente todo (como ya vimos en su oportunidad), o en sostener vinculaciones causales a ultranza. Con estas precauciones, y con los recaudos metodológicos de rigor, las explicaciones (y las predicciones) adquieren fuerza e interés. Y la vigencia de estos procedimientos, como se ha visto, es constante, tanto en el terreno psicológico como psicoanalítico.